



— DR. RAMÓN ICAZA —

El Doctor Don Ramón Icaza**IN MEMORIAM**

POR EL DR. GREGORIO MENDIZABAL

La desaparición repentina y eterna del doctor Ramón Icaza significa una pérdida para la ciencia, de la cual era un apóstol, y un dolor para la humanidad, que le contaba entre sus benefactores. La ciencia agregará un nombre más a la lista interminable de sus elegidos; pero la humanidad llorará, deplorará su muerte, y perdurará su memoria, porque la verdadera tumba de los muertos, como dijo acertadamente el poeta, está en el corazón de los vivos, máxime si el desaparecido, como en el caso presente, evoca la imagen y el respeto de un pasado más feliz que el presente y mejor modelo para el porvenir.

Sus biógrafos nos dirán mañana lo que el doctor Icaza valió como estudiante en concepto de sus compañeros que son los que mejor se conocen. Entre ellos figuraron Adrián Segura, Ricardo Vértiz, Nicolás San Juan y Rosendo Gutiérrez, jóvenes distinguidísimos en las aulas como lo fueron después en la práctica, y que eran quienes le disputaban los primeros lugares en la clase y las primeras calificaciones en los jurados de examen; y sin embargo, con entera imparcialidad y justicia, sin las ruines envidias que envenenan la vida social desde los primeros años de la vida, lo consideraron siempre como un estudiante modelo por su modestia, su refinada educación y su sed insaciable de saber.

Nos recordarán, también, que aquel joven estudiante enamorado de la ciencia, era relativamente pobre —esos son los que generalmente se logran— y que para subvenir a sus necesidades y no gravar a su padre, quien ejercía modestamente la profesión de médico en ciudad de un Estado vecino al Distrito Federal, inició sus labores en noviembre del año de 1871 como Ayudante del Profesor de Anatomía Topográfica, empleo no incluido en la nómina, pero gozando de pequeña retribución, debido a la bondad del Director de la Escuela, Doctor Don Ignacio Durán. No había aún concluido sus

estudios, cuando quedó vacante la plaza de Prosector de Anatomía Topográfica y tan luego como recibió el suspirado título, la obtuvo, después de una satisfactoria demostración de sus aptitudes, porque no tuvo contendientes.

Sus conocimientos anatómicos perfeccionados en el anfiteatro, lo encaminaron, como era de esperarse, a su dedicación a la Cirugía, y tan pronto como quedó vacante la plaza de Adjunto de Medicina Operatoria, cuyo propietario era nuestro inolvidable Doctor Licéaga, abierta la oposición, optó a ella, y después de una brillante demostración teórica y práctica, conteniendo con un ameritado colega, obtuvo por unanimidad de votos, en octubre de 1872, la plaza apetecida.

Como profesor adjunto ejerció el magisterio durante las ausencias del propietario, pero entró de lleno en funciones cuando el Doctor Licéaga abandonó todo, para dedicarse, con el acierto y tino que todos conocemos, a sus laboriosos trabajos en Higiene, donde tantos y tan señalados triunfos obtuvo, y tan incalculables beneficios prestó a la ciencia, a la humanidad y a la Patria.

Sus biógrafos nos dirán también, cuáles fueron su actuación y labores como Profesor de Operaciones. En el sentir de sus numerosos discípulos, durante los años que desempeñó esta cátedra, fueron dignos de todo encomio, por su habilidad operatoria, su modestia y su rectitud nunca desmentida. Era en efecto, como a todos nos consta, un operador sereno, tranquilo, y no sólo sabía operar, sino lo que es más difícil, precisar la necesidad de las intervenciones y elegir el procedimiento más adecuado. Su mano era firme y segura, como la de un cirujano nato, habituado a operar y conocedor profundo de la región donde intervenía, así como del objeto que deseaba; y cosa no común, en las operaciones de urgencia, donde suelen faltar los elementos de que la ciencia dispone para asegurar el éxito de las intervenciones, nada lo detenía, echaba mano de los elementos que encontraba a su alcance, improvisaba lo que le hacía falta para llevar al campo operatorio, hasta el ideal posible, la asepsia, mágica deidad que preside los soñados triunfos, los milagros estupendos que con manos hábiles realiza en nuestros tiempos el arte operatorio.

Fué miembro distinguidísimo de la Academia Nacional de Medicina, con cuya presidencia honró varias veces a tan benemérita institución. Fué fundador de la Asociación Médica Mexicana, quien lo honró también con su presidencia y en unión de los doctores Martínez y Bejarano, formó un proyecto de Código Deontológico que en plena asamblea fué estudiado y discutido y que después de algunas modificaciones quedó en vigor desde entonces, siendo de notar que es uno de los pocos Códigos de Moral Médica que existen en el mundo.

Tuvo la fortuna el doctor Icaza de llegar a la ancianidad y recibió con el mayor placer y respeto tan señalada distinción, porque bien sabía que es *corona dignitatis senectus*, como reza el Libro Santo, y sabía también que si la vida es un beneficio, favor de excepción es, afiliarse en el batallón sagrado de los veteranos de la existencia, y llegar a puerto tranquilo arriba de la zona de las tempestades, después de correr los mares turbulentos de la vida, para dormirse al fin como la crisálida y despertar, alada mariposa, en la eternidad.

El no resintió notablemente la transición de la edad de las pasiones a la tranquila de la vejez, porque su temperamento, sus virtudes y su vida siempre ordenada, lo salvaron de los arrebatos, de las turbulencias, de las vicisitudes de la vida juvenil y de la edad madura. No sufrió por lo mismo la amargura y el desengaño de comparar las ilusiones y esperanzas de ayer, con los dolores y amarguras de mañana; no vivió la edad soñadora en la que los humanos se entregan desatentados a la conquista del placer, de las riquezas, de los honores, de la felicidad y de la humana inmortalidad, para llegar al fin al desencanto, al hastío, a la desilusión, que es el esqueleto de todos nuestros ensueños.

Nada de esto sufrió afortunadamente, porque llegó sin sentirlo a la edad proveya; entonces se preparó para la ancianidad, y llegada ésta, se entregó de lleno a la más sana y única, a la verdadera filosofía, a prepararse para la muerte.

Su seriedad, su circunspección, su mesura en todo, le hacían parecer anciano cuando joven, y ya en los umbrales de la vejez tenía los arrestos de la edad florida. Su trato era jovial, hasta alegre a veces, su tez sonrosada, juvenil, su andar seguro, sus facultades intelectuales y morales, íntegras; verdad es que aunque él hubiera llegado a la vejez marchito, achacoso y debilitado y agotadas sus facultades, siempre hubiera conservado la verdadera juventud, la de la verdad y de la virtud. El secreto de su prolongada lozanía residió, sin duda, en su buena constitución, pero no influyeron poco la moderación en sus deseos, la sencillez de sus costumbres, el amor al trabajo ordenado, y sobre todo la vida de familia, la vida patriarcal, que le permitió llegar a la ancianidad santificada y feliz, período siempre de corta duración y a veces efímero, que comparaba y con razón, Lacordaire, el príncipe de la oratoria sagrada, al Sábado Santo de la vida, porque sigue al día de los Dolores y precede al día de la Resurrección.

Tuvo el doctor Icaza el don, no muy frecuente, de dominar y educar la voluntad, que es el secreto de la vida. No buscó nunca el éxito, como lo hace la vanidad; ni la gloria como aconseja el orgullo; buscó sólo la satisfacción del deber cumplido, en la oportunidad y forma apetecidas, y cultivó una especialidad rica en satisfacciones; daba la limosna de su ciencia como

tributo del éxito obtenido en la vida profesional a los desheredados de la fortuna, sobre todo a las clases llamadas vergonzantes, que son las que más lo necesitan, y la daba en la forma que más satisface, con cariño, con efusión y sin la teatralidad con que suele revestir sus actos la filantropía, que como dijo con acierto Selgas, es la moneda falsa de la caridad.

Fué siempre indulgente, en la forma más exquisita y útil que debe dispensar la superioridad, y fué feliz conociendo el sentir divino de la vida; sabiendo que los trabajos, las penas, las injusticias y los dolores que trae aparejados la existencia, nada significan para el alma que sabe elevarse adonde debe, y que el objeto más alto, más noble, más hermoso, a nuestro paso fugaz por la tierra, cual pasajeros de un día, no está en el placer, ni en la gloria, ni en las riquezas, ni en el poder, toda vez que la suerte más apetecida no es la más feliz, según el concepto que el mundo se tiene formado de la felicidad.

Fué un hombre de bien a carta cabal; podría decirse que no perdió la gracia del bautismo, y murió como mueren los justos, llevando en el corazón el poema bíblico, como decía el Padre Monsabré, célebre predicador dominicano; murió como debe ser hermoso morir, porque la muerte le sorprendió de pie, con las manos todavía llenas con lo que se proponía hacer, si la vida se hubiese prolongado, porque este vaso de la vida de los hombres de trabajo resulta pequeño para lo que tienen que guardar en él; se derrama y se estrella a veces cuando menos se cree y presume.

La muerte fué para él el beso de Dios y a El remontó su alma al vuelo, devolviendo al polvo lo que es del polvo.

Justo es, pues, que lamentemos y lloremos su desaparición, porque nos hace falta su ameritada vejez que predicaba la virtud con el ejemplo; porque extrañamos no verle cruzar por las sendas no siempre floridas de la vida, con la sonrisa en los labios y la vista en el cielo; y lamentamos no ver más a aquel hombre extraordinario que pasaba tranquilo, cual sonámbulo, desafiando las negras sombras de la noche sin ver la tierra pero vislumbrando la eterna mansión.

Imitemos a los nietecitos de que nos habla Benson, arrodillados en torno del sillón donde tenían clavada a la querida abuelita, sus años y sus enfermedades. Todas las noches, después de rezar las oraciones de costumbre decían en coro tres veces siguiendo la voz de la abuelita: SEÑOR, DIOS MIO, TEN PIEDAD DE NOSOTROS Y BENDICE AHORA Y SIEMPRE A LOS QUE YA NO EXISTEN.

GREGORIO MENDIZABAL.